

do en que los demás hacen cosas que ella nunca hará; conducen coches, que ella jamás conducirá; tienen hijos, que ella jamás tendrá. Imaginaba el mundo de esa manera, tanto para sí misma como para quienes la rodeaban. Ya me conocéis, y sabéis perfectamente –y me habéis disculpado, indulgentes– mis propios tics, que vienen de mi infancia y de mi crianza. Algo he avanzado, con todo, fuera de esa veredita estrecha. Mi tía nunca salió de ese mundo a su medida –tampoco pedía mucho– y así se nos murió, tan imperceptiblemente como nos había vivido.

La última vez que la llevé a Maranchón se fundió una bombilla. Estaba yo cambiándola y mi tía, que justo pasa por allí, me dice: “llamamos mejor a alguien, Julito: tú no vas a saber”.

¿Y si a lo mejor Rosalina sabía algo que los demás, los que somos útiles y activos y trabajadores, no sabemos? ¿Y si, cuando el viento se lleve lo que nos afanamos en hacer, vemos con claridad que ella hizo en esta vida exactamente lo mismo, ni más ni menos que lo que hemos hecho todos?

Pero de momento, la vieja Farmacia está cerrada por defunción. Quién sabe si seguiré yendo a esa casa, si algún día tengo tiempo y dinero para restaurarla –que nunca remodelarla– o si incluso escribiré algún día en ella mi obra maestra. O si en una de mis depresiones –hereditarias, según se ve– me encierro y emparedo entre sus cachivaches y de ahí me sacan al mismo cementerio donde reposa Rosalina con mis abuelos y con mi madre. Hoy, en que Maranchón se hace más pequeño entre los gigantescos aerogeneradores, una diminuta viejecilla a quien todos conocían en sus manías y en su simplicidad, y a quien nadie echará de menos por nada que haya hecho de especial, se nos va, y con ello cierra una puerta

más de una casa más que ya estaba cerrada de todos modos. El día de Navidad enterramos a la insignificancia misma, y con ella a un pedazo de lo que todos somos –pero Homero decía que por ello nos envidiaban los dioses–: nuestra fragilidad, nuestro miedo, nuestra irrelevancia a escala cósmica.

Rosalina fue una maranchonera al mismo tiempo arquetípica y especial. Anciana como tantas ancianas que se nos mueren, vivió como tantas mujeres solteras que son o han sido nuestras tías. Igual que sus semejantes, semejante a sus iguales, era, con todo, única. Nunca habrá dos como ella. Genio y figura, que conocéis bien.

En los últimos años, ya confundiendo en su cabeza las imágenes, los nombres y los recuerdos de las cosas, confundía a mi chico conmigo, y era absolutamente lógico, porque veía a un muchacho de dieciséis años lleno de alegría y de belleza, que yo mismo quisiera ver en mí cuando me miro al espejo, sin encontrarlo, como es lógico. Pero ahí está el misterio: que sé que vosotros mismos habéis incurrido en el mismo lapsus –que no error– de llamar a mi chico “Julito”. No es error, ni de Rosalina, ni vuestro. Es sabiduría inconsciente, porque dos personas hay que tengan llave de la vieja casa de la Farmacia: el Julito... y el hijo del Julito. Gracias a mi tía hemos ido al pueblo todos estos años, y por ello mi hijo, nacido muy lejos –más lejos todavía que yo, que nací en Madrid– es también maranchonero, como lo soy yo, y desde niño ha estado con vuestros hijos, y ha respirado vuestro aire, y entra en la vieja casa de la Farmacia como suya.

Con las llaves se cierran las puertas, pero también se abren.

Julio Baena
Universidad de Colorado

TRADICION-GASTRONOMÍA

TRADICIONES EN CUARESMA

Recordando nuestras tradiciones, hemos olvidado ya que cuando hablamos de Cuaresma, nos referimos a una institución que tenía que ver con el comer, más concretamente con el no comer. La celebración del Carnaval se convirtió en la fiesta de despedida de la carne, de ahí que se procurase gozar de ella todo lo posible en estos días, no sólo porque la religión iba a prohibir catarla, si no también para desquitarse de los ayunos de carne que la pobreza imponía durante todo el año. Se inician estos días con el Jueves Lardero (jueves anterior al Miércoles de Ceniza) inventado para empezar los días de carnaval. Lardero es un adjetivo procedente del antiguo lardo, que es el tocino o grasa de la carne, parte menos valiosa de la misma pero con la que las abuelas eran capaces de hacer auténticas maravillas culinarias. Era este un día de fiesta

en el que la gente se reunía en grupos a comer tortilla, longaniza, y demás productos del cerdo y en nuestro pueblo las típicas rosquillas. Era éste un día de Fiesta.

Finalizados los días de carnaval, días de baile, disfraces y desenfreno, se inicia con el Miércoles de Ceniza, la CUARESMA, estación espiritual particularmente relevante para todo cristiano que quiera prepararse para vivir el Misterio Pascual.

Durante este tiempo las tradicionales vigillias imponen el ayuno y la abstinencia (no comer carne) los viernes, por lo que aparecen guisos contundentes para sobrellevar estos días. A continuación damos las recetas de dos de los platos más conocidos para estas fechas.

Ana Monzón